

CUADERNOS DEL CONFLICTO
CONFLICTO ARMADO E
INICIATIVAS DE PAZ EN COLOMBIA



ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

I

LA BÚSQUEDA DE LA PAZ CON EL ELN Y LAS FARC

Aldo Civico, Centro Internacional de Resolución de Conflictos de la Universidad de Columbia

Román D. Ortiz, Consultor independiente en seguridad y defensa

Padre Darío Antonio Echeverri González, Comisión Nacional de Reconciliación

Rodrigo Pardo, revista Cambio

Eduardo González, Oficina del Alto Comisionado para la paz

II

GRUPOS PARAMILITARES: DESMONTE, REARME Y RECONVERSIÓN

Javier Ciurlizza, Programa Américas del Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ)

María Teresa Ronderos, Semana.com

Juan Carlos Garzón, Organización de Estados Americanos, OEA

Jeremy McDermott, Corresponsal de la BBC en Colombia

BIOGRAFÍAS

Fundación
Ideas para la Paz

Woodrow Wilson
International Center for
Scholars

Editado por
Cynthia J. Arnson
María Victoria Llorente

Román D. Ortiz

Consultor independiente en seguridad y defensa

LAS FARC: ¿UNA ORGANIZACIÓN TERRORISTA SIN SALIDA ESTRATÉGICA?

Aunque resulte algo frustrante, es necesario empezar por reconocer que el estudio de las FARC se ha convertido en un buen ejemplo de las dificultades de los analistas de seguridad para anticiparnos a los acontecimientos y prever la evolución de los escenarios estratégicos sobre los que volcamos nuestra atención. De hecho, los especialistas que nos dedicamos a estudiar el terrorismo –y esta organización terrorista en particular– hemos sido puestos en evidencia un buen número de veces por la asombrosa capacidad de la realidad para desbordar nuestros pronósticos, bien sea porque hemos subestimado el carácter catastrófico de ciertas amenazas, o porque no hemos identificado las vulnerabilidades de un adversario aparentemente imbatible.

Esta falta de habilidades predictivas se ha puesto de manifiesto con particular claridad por la sorpresa generada por el “Marzo Negro” de la guerrilla que hundió a las FARC en una crisis estratégica sin precedentes. De hecho, apenas había sido posible recuperarse del asombro generado por la caída de Raúl Reyes, primer miembro del secretariado de la organización dado de baja por la Fuerza Pública, cuando una semana después un segundo miembro de la cúpula guerrillera, Iván Ríos, murió a manos de su propio jefe de seguridad.

La imposibilidad de anticiparse a esta cadena de acontecimientos, luego seguida por la muerte del fundador de la organización, Manuel Marulanda, reveló de forma inequívoca hasta que punto muchos analistas había errado en su valoración de la capacidad de resistencia de las FARC y su carácter prácticamente invencible. De este modo, el “shock” generado entre los observadores por la contundencia de los golpes asestados a las FARC puso de manifiesto que una buena parte de las opiniones sobre la evolución del conflicto colombiano habían estado durante mucho tiempo basadas más en creencias y percepciones que en datos empíricos e interpretaciones rigurosas.

Semejantes dificultades para evaluar la capacidad de resistencia de los grupos armados colombianos y las expectativas de evolución del conflicto cobran una importancia máxima cuando se trata de vislumbrar las posi-

bilidades de alcanzar alguna clase de solución negociada con las FARC. Desde esta perspectiva, resulta clave al menos identificar cuál ha sido la debilidad analítica que más ha contribuido a estimaciones tan erradas de la solidez de la guerrilla y sus posibilidades de perpetuarse en el ejercicio de la violencia.

En este sentido, parece claro que uno de los factores que ha contribuido a obtener una imagen sesgada del escenario estratégico colombiano ha sido la tendencia de muchos académicos a ignorar de forma sistemática los factores militares y como estos condicionan las posibilidades estratégicas y las expectativas del futuro de los actores. Una inclinación que parece difícil de justificar desde un punto de vista científico cuando se trata de analizar un conflicto de naturaleza bélica.

Por esta razón, la presentación se dividirá en tres secciones fundamentales. Para empezar, se abordarán algunos rasgos particularmente relevantes del funcionamiento de las FARC como organización terrorista. A continuación, se tratará de evaluar el impacto de la campaña militar del Estado colombiano sobre esos rasgos específicos de la organización. Finalmente, se examinará el futuro de las FARC a la luz de los efectos que ha generado el desgaste militar.

El perfil estratégico de las FARC

En principio, el funcionamiento de las FARC como organización armada está marcado por cinco rasgos. Para empezar, se trata de una organización extremadamente descentralizada. Una característica que ha llegado a ser habitual en las organizaciones terroristas desde la posguerra fría. Las unidades operativas de las FARC son las que generan de manera autónoma sus propios recursos financieros y humanos. Dicho de otra forma, cada frente o bloque de las FARC recolecta sus fondos, recluta sus combatientes y establece su infraestructura logística de forma independiente de las otras unidades de la organización. Como consecuencia, al menos teóricamente, cualquier comandante de frente o bloque cuenta con los medios para independizarse de la dirección del grupo y hacer la guerra por su cuenta.

De este modo, la descentralización en la recolección de los recursos genera unas fuerzas centrífugas estructu-

rales que empujan a la organización hacia su desarticulación. Ciertamente, durante los pasados cuarenta años, el secretariado de las FARC ha combinado una fuerte inversión de recursos en sistemas de comunicaciones con un enorme esfuerzo político para prevenir estas tendencias a la división y mantener una rígida unidad de mando. Sin embargo, bajo la presente presión militar enfrentada por la organización, la pregunta es si las estrategias para conservar unidas las distintas piezas organizacionales de la guerrilla podrán mantenerse en el futuro.

Un segundo hecho clave en la naturaleza de las FARC tiene que ver con la composición de su militancia eminentemente campesina. Este predominio campesino en las filas del grupo ha convertido a las FARC en una excepción histórica. De hecho, Timothy Wickham-Crowley en su libro clásico *Guerilla and Revolution in Latin America* demostró con datos empíricos que la mayor parte de los grupos guerrilleros latinoamericanos durante la Guerra Fría estuvieron integrados por individuos de clase media y origen urbano que se desplazaban al campo para encontrar un entorno estratégico más idóneo para impulsar sus proyectos revolucionarios.

Sin embargo, el propio Wickham-Crowley reconoció en su trabajo que las FARC representaban la excepción a esta regla. Desde luego, esto no quiere decir que el aporte político-militar realizado por los combatientes de origen urbano no fuese decisivo en la historia del grupo. Al contrario, su participación fue un motor esencial en la modernización de la guerrilla a lo largo de los años 80.

Pero más allá del papel que jugaron los combatientes procedentes de las ciudades, lo cierto es que la composición mayoritariamente campesina de las FARC ha tenido dos efectos estratégicos claves. Por un lado, ha confrontado a la guerrilla con un creciente problema de reclutamiento a medida que la población rural en Colombia ha disminuido como consecuencia de un creciente desplazamiento hacia las ciudades motivado en algunos casos por el conflicto y en otros por la búsqueda de ventajas económicas. Por otra parte, el predominio de los militantes de origen rural ha sido un obstáculo decisivo en los intentos de las FARC por proyectarse hacia las ciudades. Como es bien sabido, una de las transiciones estratégicas más difíciles para una organización armada es el paso del campo

a la ciudad. Bajo estas circunstancias, las posibilidades de proyectarse de un espacio a otro depende en gran medida del número de operadores cuyo origen urbano les capacita para actuar en este tipo de entornos.

De este modo, en el caso de las FARC, la escasez de militantes procedentes de las ciudades ha frustrado las posibilidades de urbanización del grupo. Una barrera que incluso los intensos esfuerzos realizados por la organización para reclutar nuevos militantes en las ciudades han sido incapaces de superar.

Un tercer rasgo estratégico de las FARC a considerar es su alto grado de corrupción y criminalización. Algunos indicios recientes permiten afirmar que un porcentaje mayoritario de los combatientes de “tiempo completo” de las FARC no están dedicados a combatir a las fuerzas gubernamentales como uno esperaría de una guerrilla clásica sino que se han volcado hacia la ejecución actividades criminales como el secuestro, la extorsión y al narcotráfico. Sin duda, esta realidad está generando graves problemas internos a la organización.

Para empezar, parece cada vez más claro un paulatino cambio en la cultura organizativa del grupo. Así, ciertas unidades de las FARC parecen responder más a los imperativos de una cultura organizativa “narco” que a los patrones de conducta que se esperaría de una organización revolucionaria. Eso si es que todavía se puede aplicar este calificativo a la guerrilla. Por otra parte, un segundo impacto de este agudo proceso de criminalización al interior de la guerrilla tiene que ver con la multiplicación de los problemas disciplinarios. Claros ejemplos de este fenómeno son los casos documentados de muchos comandantes que han desertado, tomando el dinero de su frente para disfrutar de un retiro más cómodo.

Asimismo, se debe señalar la vocación militarista de la organización y su inclinación a priorizar cualquier movimiento estratégico destinado a fortalecer su capacidad bélica con independencia de sus potenciales consecuencias políticas. De hecho, la guerrilla procuró construir una capacidad militar sofisticada a través de dos formas. Primero, buscó dotarse de armamento sofisticado recurriendo a grandes compras en el mercado negro, o desarrollado una creciente capacidad para fabricar sus propias armas. Segundo, intentaron mejorar el entrenamiento

de sus combatientes enviando algunos de ellos a países amigos para recibir entrenamiento o más frecuentemente contratando el asesoramiento de antiguos militantes de grupos armados como el FMLN salvadoreño o el IRA irlandés.

Sobre esta base, las FARC recurrieron al uso indiscriminado de la fuerza durante operaciones como la toma de pueblos donde demolió los cascos urbanos sin contemplación alguna o los atentados terroristas contra blancos civiles como la bomba en el Club El Nogal en 2003. En cualquier caso, más allá de esta sistemática demostración de capacidad destructiva, también es necesario subrayar que se sobreestimó el potencial armado del grupo hasta el punto de que plantear la posibilidad de derrotarlo sobre el campo de batalla llegó a verse como un anatema.

Finalmente, también vale la pena subrayar la amplitud de la apuesta de la organización por internacionalizarse. Como han demostrado los computadores de Raúl Reyes capturados durante la operación contra su campamento en Ecuador, las FARC realizaron un esfuerzo sistemático por construir una red de contactos globales. En este sentido, la amplia vinculación de las FARC al tráfico de narcóticos resultaba bien conocida. De igual forma, la vieja cooperación con organizaciones terroristas como el IRA estaba claramente demostrada tras la detención de tres de sus militantes en Bogotá en el año 2000.

Sin embargo, la documentación incautada al fallecido Reyes reveló o confirmó una larga lista de nuevas iniciativas internacionales de la guerrilla que hasta entonces no habían pasado de ser rumores o simplemente no se conocían. Tal es el caso, por ejemplo, del esfuerzo sistemático de las FARC por adquirir misiles tierra-aire en América Central y Europa Oriental o su sorprendente papel en el tráfico de material nuclear puesto de relieve con la incautación de 35 kilos de uranio que estaban en su poder. Todo lo anterior sin olvidar las evidencias encontradas sobre las conexiones fluidas y el apoyo efectivo proporcionado por altos funcionarios de los gobiernos de Venezuela y Ecuador a una organización incluida en la lista de grupos terroristas de EE.UU. y la Unión Europea.

Sobre esta base, la Política de Defensa y Seguridad Democrática ha dado golpes decisivos tanto a la capacidad de recolectar recursos como a la cohesión interna de

la organización. Por lo que se refiere al primer aspecto, la extensión del control territorial del Estado empujó a la guerrilla a zonas remotas –áreas escarpadas, alturas superiores a los 3.500 m, selvas y zonas fronterizas – reduciendo dramáticamente el volumen de recursos que podría capturar así como la cantidad de población bajo su control. Al mismo tiempo, las estrategias contra el narcotráfico y el secuestro desplegadas por el Estado han golpeado los dos principales negocios criminales de las FARC. De este modo, la organización ha sufrido crecientes problemas logísticos, una paulatina escasez de fondos y una caída en el volumen del número de reclutas a su disposición.

En lo que se refiere a la pérdida de cohesión de la organización, el factor clave en este proceso ha sido el incremento estructural en la letalidad de las operaciones de la Fuerza Pública colombiana. La creciente capacidad de las fuerzas militares y policiales de ubicar y golpear a las concentraciones de la guerrilla con gran precisión forzó a las FARC a dispersar sus tropas, con lo que hizo más difícil para la dirección mantener el control sobre sus estructuras. Al mismo tiempo, la capacidad de las agencias de inteligencia colombianas para interceptar las comunicaciones de radio de las FARC creó dificultades adicionales para que el Secretariado pudiese mantener un contacto fluido con sus subordinados.

En este contexto, la desaparición simultánea de tres miembros históricos de la cúpula guerrillera ha provocado necesariamente un doble efecto. Por un lado, obliga a reemplazar casi al mismo tiempo a tres figuras que habían liderado tradicionalmente la organización provocando una profunda dislocación de las estructuras de comando y control. Por otra parte, supone un golpe aplastante a la moral del grupo con la ruptura definitiva del mito de la invulnerabilidad de la dirigencia guerrillera.

El resultado de esta combinación de factores necesariamente implica un incremento de las tensiones al interior de la organización. Desde luego, a corto plazo, una división de la actual dirección del grupo no es probable dado que sus nuevas figuras clave después de la debacle del “Marzo Negro” –Alfonso Cano, ‘Mono Jojoy’ e Iván Márquez- parecen haber encontrado la forma de reducir las fricciones entre ellos. Sin embargo, el debilitamiento

de la estructura de las FARC parece irreversible. De hecho, la creciente letalidad de la ofensiva del Estado coloca a los mandos de la organización ante la certeza de que el tiempo ha dejado de correr a su favor en la medida en que las posibilidades de ser abatidos se multiplican a medida que la presión militar aumenta.

Al mismo tiempo, los comandantes locales y regionales cada vez se encuentran con más dificultades para poder comunicarse con sus superiores en la organización y acogerse a sus directrices. Como consecuencia, esta combinación de una percepción de mayor amenaza y aislamiento de la línea de mando necesariamente incrementa la presión para que los cuadros subalternos de la organización opten por actuar al margen de la voluntad de sus jefes, y más bien buscar soluciones individuales. De hecho, el incremento exponencial de las deserciones entre los militantes más antiguos y experimentados de la organización es una señal inequívoca de cómo está lógicamente estimulando la disolución de la organización.

Las alternativas: negociar desde la debilidad o apostar por la radicalización.

La gran paradoja reside en que, precisamente cuando su estructura de mando está paralizada, las FARC deben enfrentarse a un dilema decisivo: negociar o radicalizarse. Dentro de esta disyuntiva, la alternativa del apaciguamiento se resume en intentar mejorar la imagen política de la organización a través de una serie de concesiones con vistas a preparar el escenario para una negociación. En este sentido, los movimientos de acercamiento podrían incluir la liberación de los últimos secuestrados políticos, militares y policías después de que el Ejército rescatase a Ingrid Betancourt y otros 14 de los rehenes políticamente más relevantes en manos de las FARC en la denominada “Operación Jaque”.

Sin embargo, la apertura de un proceso de distensión con el gobierno choca con la tradición estratégica de la organización que siempre ha rechazado cualquier gesto que puede ser interpretado como una señal de debilidad y ha dado muestras de rigidez absoluta a la hora de mantener inamovibles las condiciones para unas eventuales conversaciones. Una trayectoria de inflexibilidad que parece particularmente difícil de modificar para un líder

que no cuenta con un respaldo unánime entre las filas de la organización como Alfonso Cano, recientemente designado en reemplazo del fallecido Manuel Marulanda.

Por otro lado, las opciones militares de la guerrilla tampoco son brillantes. De hecho, la mejora en la capacidad militar del Estado tiene un carácter estructural y coloca a las FARC en una condición de inferioridad difícilmente superable. Dicho de otra forma, la cadena de éxitos operativos de los pasados meses no ha sido el producto de la suerte sino el fruto de años de inversión en entrenamiento y tecnología por parte de la Fuerza Pública. En este sentido, la mejora sustancial de capacidad de las FF.MM. y la Policía para ubicar y golpear estructuras guerrilleras ha llegado al escenario estratégico colombiano para quedarse.

Además, las dos únicas alternativas de las FARC para modificar la presente situación militar serían introducir nuevos sistemas de armas de gran potencia como misiles tierra-aire o introducir innovaciones tácticas como el lanzamiento de atentados terroristas indiscriminados en zonas urbanas. El problema es que ambas opciones conducirían a la organización a un final seguro, aunque por caminos distintos. En el caso del empleo de misiles, no cabe duda de que estos sistemas pondrían en cuestión el monopolio del uso del espacio aéreo del que han disfrutado hasta el momento las Fuerzas Militares. Pero al mismo tiempo, el lanzamiento de un número de estas armas no lejos del territorio norteamericano probablemente conduciría a una reacción militar de Washington.

Por lo que se refiere al empleo del terrorismo, cabe recordar que los últimos actos de esta categoría no solamente han traído el desprestigio absoluto del grupo armado sino que además han impulsado a la opinión pública a cerrar filas en torno al gobierno. Con estos antecedentes, no se puede descartar que una campaña de ataques indiscriminados terminase provocando exactamente el efecto opuesto al buscado por la guerrilla y generando un movimiento de opinión masivo a favor del Estado.

De este modo, la falta de alternativas estratégicas viables sería un factor adicional que estimularía la fractura de las FARC a mediano o largo plazo. De hecho, ante la ausencia de una opción clara que garantice el futuro de la organización, sería probable que una parte del gru-

po optase por buscar una salida negociada al conflicto, mientras otra apostase a la radicalización.

De este modo, se podrían configurar dos facciones dentro de la organización. Por un lado, una orientación que podría denominarse “Modelo IRA” a favor de abrir conversaciones para abandonar las armas. Por otra parte, una tendencia radical con dos variantes según la opción escogida para mantenerse en la práctica de la violencia. A un lado, el “Modelo Sendero Luminoso” que apostaría por el lanzamiento de una campaña indiscriminada de terrorismo urbano. Al otro, el “Modelo Frente Polisario” que trataría de establecer una alianza con un gobierno amigo con vistas a utilizar su territorio como retaguardia segura. Una fórmula estratégica muy semejante a la que ensayó la guerrilla del Polisario cuando buscó el apoyo de Argelia en su lucha contra Marruecos para conseguir la independencia del territorio del Sahara Occidental.

Bajo este escenario, el “Modelo IRA” de búsqueda de una negociación con el gobierno sería la opción escogida por el lado más pragmático de las FARC que ante la inminencia de su derrota militar trataría de conseguir las mejores condiciones posibles para pactar su desmovilización con el gobierno. En el otro extremo, como ya se ha mencionado, la apuesta por la radicalización podría tomar dos formas no necesariamente excluyentes entre sí: la apuesta por el terrorismo urbano y la búsqueda de un Estado que patrocine la continuación de la lucha armada.

En cualquier caso, ninguna de estas dos formas de radicalización parece ofrecer una salida viable a la guerrilla. La campaña terrorista de Sendero generó una oleada de rechazo de la población peruana que aisló completamente al grupo y proporcionó el apoyo político necesario al gobierno de Lima para lanzar una fuerte campaña contraterrorista. El resultado fue la desarticulación de las estructuras senderistas en las grandes ciudades y la marginación del resto de la organización a unos pequeños núcleos arrinconados en algunas de las zonas más remotas de Perú. Por lo que se refiere al caso del Frente Polisario, esta guerrilla buscó la protección de Argelia como una forma de eludir su derrota militar a manos de las fuerzas armadas marroquíes. De este modo, los “polisarios” pudieron continuar operando; pero solo a costa de perder su

autonomía estratégica y convertirse en una organización subordinada a una potencia extranjera. Como consecuencia, el grupo perdió todo su apoyo al interior del Sahara Occidental y terminó convertido en una organización militarmente débil y políticamente irrelevante.

En cualquier caso, más allá de cuál de las tres opciones termine siendo la alternativa mayoritaria escogida por la guerrilla colombiana, vale la pena subrayar que todas ellas tienen algo en común: representan el fin político de las FARC. Con independencia de si el grupo opta por desmovilizarse, apuesta por el terrorismo o busca la protección de un gobierno extranjero, lo cierto es que cualquiera de las tres alternativas significa el reconocimiento tácito de su derrota frente al Estado y la disolución de cualquier capital político con el que la guerrilla esperase contar en el futuro. De este modo, el año 2008 podría no significar el punto final al largo conflicto colombiano; pero sin duda pasará a la historia como la fecha de la muerte política de las FARC. •